

RAFAEL NÚÑEZ FLORENCIO  
ELENA NÚÑEZ GONZÁLEZ

**¡VIVA LA MUERTE!**  
**Política y cultura de lo macabro**

Marcial Pons Historia  
2014

# ÍNDICE

	<u>Pág.</u>
FLASH-BACK: SALAMANCA, 12 DE OCTUBRE DE 1936 .....	11
INTRODUCCIÓN A DESTIEMPO Y A DOS TIEMPOS .....	19
Primer tiempo: sobre la muerte .....	21
Segundo tiempo: sobre lo macabro .....	26
CAPÍTULO I. ¡VIVA LA MUERTE! ¡MUERA LA INTELIGENCIA!	33
La construcción de un enfrentamiento mítico .....	35
El bushido y el samurái .....	41
De la mística de la Legión a la lírica macabra .....	47
CAPÍTULO II. VIVE LA MUERTE. LA INTELIGENCIA PESI- MISTA.....	57
Sentimiento y resentimiento trágicos.....	61
De la muerte como ensoñación a la muerte como pesadilla.....	68
Estética grotesca de la muerte sórdida .....	74
Iconografía de lo macabro .....	84
CAPÍTULO III. DANZAD, DANZAD, MALDITOS.....	93
Paseo por el amor y la muerte.....	95
Los disfraces de la Negra Señora .....	101
La danza macabra.....	108
Los terrores milenaristas .....	113
CAPÍTULO IV. VANITAS VANITATIS.....	121
Llanto y crujir de dientes .....	124
Un tiempo sombrío .....	129
<i>Tempus fugit</i> .....	135
Pañales y mortaja.....	144

	Pág.
CAPÍTULO V. MORIR DE AMOR.....	153
La necrofilia romántica .....	157
Amada muerte .....	165
De la muerte como condena a la pena de muerte.....	173
Delirios góticos.....	183
CAPÍTULO VI. MÁS VALE MORIR DE PIE.....	195
El fascismo y su mitología de la muerte violenta.....	201
Caídos por Dios y por España .....	207
El culto a la muerte .....	214
CAPÍTULO VII. ¡ME CAGO EN TUS MUERTOS!.....	221
Borrachera de sangre.....	225
Matar no es suficiente.....	231
Política de muerte .....	239
CAPÍTULO VIII. ¡QUÉ BONITO ES UN ENTIERRO!.....	253
Ilustrísimos cadáveres .....	255
Humor macabro .....	267
No descansan en paz .....	279
CAPÍTULO IX. LA MUERTE... ¿FIESTA NACIONAL?.....	293
Lo macabro en la cultura española .....	300
La mirada macabra.....	318
La sombra de la guadaña .....	333
La muerte también juega.....	344
Celtiberia fúnebre.....	360
CAPÍTULO X. LA MUERTE NO ES EL FINAL .....	373
El tiro en la nuca .....	377
Un negocio de muerte.....	387
La muerte cotidiana.....	396
NOTAS.....	407
BIBLIOGRAFÍA CITADA .....	441
LISTA DE ILUSTRACIONES .....	467
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	469

## INTRODUCCIÓN A DESTIEMPO Y A DOS TIEMPOS

Que esta introducción aparece a destiempo, varias páginas después de lo que es habitual y razonable, salta tan a la vista que no requiere una palabra más. Pero, a la vez, los autores creen que no pueden prescindir de ella, aunque hayan querido empezar por un hecho histórico que aspira a hablar por sí mismo. El caso es que en nuestra opinión sí requiere algunas palabras de explicación —no muchas— un libro de estas características, aunque solo sea por cortesía de los autores ante un potencial lector que puede sentirse desconcertado ante un volumen que tal vez no sepa exactamente cómo ubicar (si de historia, de ensayo, de arte o literatura), o cuyo sentido último no resulte en principio diáfano, porque el tema —la muerte— y dentro de la trama de la muerte, aún más esa vertiente —lo macabro— despierta suspicacias, morbo, curiosidad y rechazo.

Digamos ya de entrada, antes de proseguir, que se impone una delimitación del tema. Hemos dicho con una cierta improvisación —que ahora tenemos que corregir— que el asunto era la muerte, pero a nadie se le escapa que este motivo no se puede abarcar en su conjunto si no se delimitan aspectos específicos. Hablar de la muerte, en general, es como hablar de la vida, del mundo o de la realidad: nos arriesgamos a no decir nada por querer decirlo todo. Por eso lo mejor, lo más esclarecedor, sería establecer desde el principio lo que no nos proponemos aquí, lo que no queremos tratar.

En realidad, por paradójico que a primera vista pueda resultar, no pretendemos abordar la muerte en sí —la muerte como realidad opuesta a la vida—, ni la consideración de la muerte desde la óptica biológica, psicológica, metafísica, religiosa o existencial, por po-

ner algunas de las perspectivas habituales. Pero tampoco nos interesan aquí esos otros acercamientos tangenciales que han desarrollado desde hace varias décadas disciplinas como la antropología, la historia o la sociología: nos referimos a las prácticas funerarias, a los ritos y ceremonias que rodean los decesos (formas de enterramiento, misas y otros recordatorios, monumentos y homenajes al finado), a las regulaciones sociales que afectan a los allegados (testamentos, herencias y otras disposiciones del difunto), etc.

Estas aproximaciones a la muerte como hecho social y cultural han dado espléndidos frutos en forma de obras muy interesantes que nos han abierto nuevas formas de comprensión del impacto del fallecimiento en determinados contextos a lo largo de los siglos y las civilizaciones. Baste pensar en este sentido en el planteamiento de historia de las mentalidades en torno a la muerte que ha desarrollado la historiografía europea (Duby, Ariès, Bennassar, Chaunu, Le Goff, Tenenti o Vovelle, por citar algunos nombres prominentes). Siguiendo esa estela, se ha publicado en España un considerable número de investigaciones específicas en torno a la muerte y sus circunstancias, entendiendo estas en su más amplio sentido, como actitudes sociales, leyendas, creencias, prácticas religiosas, rituales, tradiciones, inhumaciones, cementerios...<sup>1</sup> Pese a todo, tenemos que insistir, no es exactamente nada de esto lo que aquí nos proponemos, aunque, obviamente, no pensamos ignorar ni renunciar a las aportaciones de los enfoques antes citados, que serán utilizados parcial o indirectamente en la medida en que sirvan para completar nuestras propias estimaciones.

Frente a la muerte como ser (o, en este caso, para decirlo con precisión, «no-ser»), nos interesa la actitud ante la muerte o, para expresarlo una vez más con todo el rigor posible, la variada panoplia de actitudes ante la muerte. Así, podría decirse en cierto modo que no ponemos el foco sobre el moribundo primero y difunto después, sino más bien sobre los que le rodean: nos fijamos no en el muerto, sino en el vivo que contempla la muerte o sabe que tiene él mismo que morir. Nos centramos en los vivos que interpretan la muerte, que la aplauden o que la temen, que la justifican o no se resignan ante ella. Nos preguntamos por qué en algunos casos determinadas muertes se convierten en ejemplares, mientras que en otros resultan todo lo contrario. Nos detenemos en cómo y por qué se instrumentalizan las muertes, ya sea para establecer modelos de vida o de lucha, ya sea para marcar claras advertencias sociales o políticas (como mecanismo de terror, por ejemplo). Por consiguiente, podría decirse en definitiva que analizamos no tanto la

muerte en sí, como elemento fáctico, cuanto los mecanismos psicológicos y colectivos de representación de este trance<sup>2</sup>. De ahí que cobre todo su sentido la alusión en el subtítulo a los términos «cultura» y «política», porque precisamente de esto se trata, de la elaboración artística, intelectual y controladora de una determinada concepción del deceso, como es lo macabro.

### Primer tiempo: sobre la muerte

*Vanitas vanitatis et omnia vanitas*. Y asociado a la frase bíblica (*Eclesiastés*), calaveras, huesos, esqueletos esperpénticos, negruras diversas, símbolos de la fugacidad del tiempo y de la vida humana... *Tempus fugit*. En la más optimista de las actitudes, *carpe diem*. La cultura humana en general, la que llamamos *grosso modo* civilización occidental (cristiana) y la tradición española en particular no pueden entenderse ni concebirse sin las continuas referencias a la brevedad de la vida y a la preparación para la muerte. La pintura, la escultura, la arquitectura, la poesía, la narrativa, el pensamiento, cualquier forma de expresión humana en la historia ha tenido como uno de sus motivos fundamentales —si no el que más— ese sentimiento de la caducidad de las cosas de este mundo, empezando naturalmente por el ser humano<sup>3</sup>.

Quien muere es, obviamente, el ser humano individual, el individuo concreto. Pero al igual que el hombre en vida no está solo, su muerte tiene una dimensión social que no se puede ignorar. Todas las sociedades desarrollan planteamientos, estrategias, ceremonias, justificaciones u honras para afrontar la muerte de sus integrantes. Los científicos sociales —sociólogos, antropólogos, historiadores...— hablan a este respecto de la «construcción social de la muerte» para referirse al complejo conjunto de representaciones mediante las cuales toda sociedad encara y asume la mortalidad de la condición humana<sup>4</sup>.

Nosotros vemos hoy día la muerte desde una perspectiva que difiere en muchos aspectos de cómo ha sido considerada, no ya en la historia, hace muchos siglos, sino hasta hace pocos decenios, muy pocos años en definitiva. La muerte es para nosotros en general menos imprevisible de lo que ha sido tradicionalmente. Las mejoras en la alimentación, la medicina y la atención hospitalaria nos han proporcionado unas seguridades de las que carecían nuestros antepasados. Podríamos decir por ello que la muerte es menos arbitraria. Se atenúa de

este modo hasta casi desvanecerse un factor fundamental, el miedo a la muerte, que ha sacudido a las generaciones anteriores: para estas, la muerte siempre llegaba a traición, de un día para otro, sin respetar a jóvenes o niños. Todos estaban *en nómina*, no solo el enfermo, el viejo, el lisiado, el achacoso, sino también el que aparentemente rebosaba salud. La muerte igualaba a todos sin excepción, no solo en el sentido de que se llevaba por igual al poderoso y al mísero, al rey y al campesino, sino también a todas las edades. En ningún momento nadie podía considerarse a resguardo de la guadaña, no había ningún tipo de salvoconducto.

Es obvio que ese factor aleatorio sigue existiendo entre nosotros, en nuestro tiempo, por la sencilla razón de que la muerte es consustancial a la vida. Ignorar esto amparándonos en el progreso y los avances científicos no nos protege de las eventualidades aciagas. Al contrario, dadas nuestras seguridades (en gran parte reales y en alguna medida ficticias) estamos en cierto sentido menos preparados. De ahí el estupor ante el accidente irremediable<sup>5</sup>. El golpe resulta mucho más brutal por lo inesperado. Ahora bien, con una esperanza de vida que se aproxima estadísticamente a la centena, el miedo ancestral ha perdido sus perfiles, como no podía ser menos.

La muerte representaba antes lo misterioso, lo azaroso, lo imponderable, y ello creaba un halo especial, una mezcla de indefensión, de temor, de cautela, y una necesidad de estar siempre en guardia. Esto último se relacionaba igualmente con una dimensión de trascendencia que era aceptada por la casi totalidad de la población. Si la muerte acechaba a la vuelta de la esquina, el hombre debía estar preparado en todo momento para cuando llegara ese trance decisivo, que podía ser dentro de varias décadas o mañana mismo, ahora mismo... Y lo que se jugaba era ni más ni menos que la salvación eterna. No era un asunto menor, sino, paradójicamente, el momento más importante de la vida.

Podemos pues afirmar que el cientificismo de la vida moderna coloca a la muerte en unas coordenadas menos azarosas y, por tanto, nos permite abordar el problema del fin de la vida de modo menos emocional, al tiempo que nos da más seguridades. Complementariamente, el laicismo de nuestra sociedad desacraliza la muerte, la despoja de su dimensión trascendente y, en su vertiente más grosera de consumismo materialista, desemboca en ocasiones en la trivialización o banalización de la misma. Tanto es así que se ha dicho en tono re-

probatorio en múltiples ocasiones que uno de los rasgos de la sociedad actual es precisamente la negación de la muerte.

Como tendremos ocasión de ver más adelante, la aplicación de ese término (negación) a la muerte presenta múltiples vertientes<sup>6</sup>. En términos globales, se niega la muerte cuando el individuo queda psicológicamente golpeado por una muerte próxima e inesperada. Desde una perspectiva más egoísta, la negación se aplica a la propia muerte, al rechazo que experimenta el moribundo ante el desenlace fatal. De hecho, en el esquema clásico de Kübler-Ross, la negación constituye la primera etapa en las diversas fases del sujeto ante el óbito inminente<sup>7</sup>. Hay también, por otro lado, una cierta negación social, en la línea de la antes aludida banalización del suceso luctuoso o, simplemente, como resultado de esa actitud ante la vida bastante extendida en nuestra sociedad que se niega a considerar —siquiera sea un momento— su caducidad, su finitud.

En términos estrictos no cabe duda de que esa acusación de impostado vitalismo no solo es exagerada, sino que en el fondo ampara un anhelo imposible, pues nadie puede ignorar el carácter efímero de la vida. Es verdad que en esta sociedad posindustrial y compleja reina una mentalidad consumista —que a menudo es abiertamente hedonista— que no sabe muy qué hacer con la muerte, dónde ubicarla en un esquema de valores basado en la exaltación vitalista. Por decirlo brutalmente pero en unos términos diáfanos, en una sociedad asentada en el consumo de bienes materiales, el muerto es cero en tanto que no consume, es el no-ser, lo que queda fuera del funcionamiento básico del sistema. Quizás por eso mismo, para aprovechar al menos subsidiariamente el óbito, se hace de todo lo que rodea la muerte un consumo más: flores, ataúd, entierro, duelo, etc.

Con todo, no parece que la extensión de esta mentalidad positivista —de un positivismo posmoderno y un tanto cínico— sea la única responsable de la relegación del muerto y de la muerte en la sociedad actual. En las comunidades tradicionales —en nuestro propio país sin ir más lejos apenas hace un siglo— existía una solidaridad más profunda (o más elemental, si se quiere), basada en la familia, el clan, el vecindario, el pueblo, la clase, etc. El individuo se definía no tanto por él mismo como por la pertenencia a esa agrupación y, por tanto, era natural que el grupo exteriorizara su pesar y mostrara sus condolencias cuando uno de sus miembros abandonaba este mundo. En una sociedad profundamente individualista como la que vivimos, en que se han dinamitado aquellas estructuras

y casi todos los lazos de solidaridad intensa, el muerto no le importa a casi nadie, como no sea a sus íntimos y eso hasta cierto punto y durante un lapso muy determinado.

En el fondo podría decirse sin exageración que el muerto no está más solo que el vivo. Es el individuo el que está solo: da igual que muerto o vivo. Y esta constatación individualista conduce al egoísmo, porque la caridad o la solidaridad en esas circunstancias empiezan por uno mismo. No vamos a condolernos por el muerto, que al fin y al cabo está ya muerto, cuando son los vivos los que sufren, y entre los vivos, para empezar, yo mismo, sumido en la soledad, en la pérdida, en la ausencia<sup>8</sup>. El objeto del dolor se desplaza: no se llora por el muerto tanto como por uno mismo; en definitiva, el que se ha quedado verdaderamente solo.

De ahí que se haya modificado profundamente la manifestación social y cultural del dolor por la ausencia, lo que se ha llamado de modo tradicional el luto<sup>9</sup>. Todavía hoy se pueden oír algunas voces y leer algunas opiniones lamentando que las exteriorizaciones de duelo —el luto— se hayan reducido tanto, hasta el punto de casi desaparecer en las grandes ciudades en las que vivimos, por oposición a lo que pasaba antaño en los pueblos —y quizás pasa todavía en aldeas ajenas al ajetreo contemporáneo—. También en este aspecto el saldo se antoja ambivalente, pues si bien ello conlleva un reforzamiento del olvido (hacia el muerto) y la indiferencia (hacia la muerte de los otros), no es menos cierto que a cambio desaparece esa sombra ominosa del dolor que no dejaba descansar a los vivos: recuérdese que tradicionalmente muchas mujeres pasaban literalmente toda la vida de luto, marcadas indeleblemente por los familiares que iban muriendo sucesivamente. Puede que no sea bueno que evitemos toda mención a la muerte pero era mucho peor esa situación en la que los muertos condicionaban la existencia de los vivos.

Pese a todo, no sería justo decir que la muerte se vive en unas coordenadas absolutamente opuestas a las de tiempos pretéritos. La preocupación por una muerte digna y la propia atención al moribundo siguen constituyendo una parte esencial de nuestra cultura. Podría afirmarse que sigue existiendo, lo mismo que en la sociedad tradicional, una muerte asistida; solo que han cambiado radicalmente el tipo y las formas de asistencia. Antes el moribundo era confortado espiritualmente y ahora se le atiende en el aspecto corporal. Antes tenía la atención, el cariño, la compañía o los desvelos de familiares y allegados; hoy tiene la dedicación de una serie de profesionales que

tratan de salvar su vida, atemperar su sufrimiento o procurarle las atenciones médicas que necesita. Esta modalidad es indudablemente más eficaz que la otra pero presenta también su lado negativo: la frialdad, la asepsia, la mecanización, la soledad, la ruptura del entorno vital del enfermo; la deshumanización, por decirlo en una palabra.

Hay otro riesgo, la tendencia a poner todo lo relativo a la muerte o lo que pueda conducir a ella en manos de especialistas y desentenderse de ese asunto desagradable en aras de una supuesta eficacia o, simplemente, del pragmatismo más ramplón. De este modo tenemos la coartada ideal para no pensar un solo instante en un tema que siempre resulta acongojante. Ya de por sí una sociedad como la nuestra, volcada al consumo, a la vivencia del presente, al disfrute del instante, una sociedad en muchos aspectos infantilizada, no tiene mucho interés en detenerse a pensar sobre la muerte. La publicidad y las ideologías hedonistas incitan a vivir la vida como una sucesión de momentos de gran intensidad en los que desaparece la sucesión temporal, en los que la cronología real es un supuesto claramente desechable. El llamado lenguaje políticamente correcto resulta ser así una ristra de eufemismos: los términos de viejo y anciano quedan proscritos y la hasta hace poco denominada «tercera edad» se ha transformado en «tercera juventud».

Bien es verdad que en todo tiempo y lugar la muerte ha constituido un tema de reflexión incómodo para los seres humanos<sup>10</sup>. No es fácil mirar de frente a la muerte, porque el ser humano se resiste a ella tanto desde el punto de vista biológico como en el ámbito estrictamente racional. Desde una determinada perspectiva hay quien detecta en ella algo de «antinatural» y algo también de «irracional», pero al mismo tiempo la resolución final es que resulta «natural y necesaria»<sup>11</sup>. Aun así esta conclusión no hace las cosas más fáciles. A lo largo de todas las épocas y culturas el hombre ha tratado de vestir su condición mortal con los ropajes más variados. A menudo, la reflexión abstracta o genérica ha sido el modo de orillar la dimensión íntima, personal. Es fácil pensar la muerte cuando la muerte es lo que le ocurre... a los demás. El discurso sobre la muerte en general se convierte así en un artificio para ignorar la muerte propia, la extinción del yo concreto, con todas sus sensaciones, sus sentimientos, sus recuerdos. Lo expresó magistralmente León Tolstoi en una breve narración que se ha convertido en clásica, *La muerte de Ivan Ilich*.

Ivan Ilich *sabe* que se está muriendo, pero no solo no se habitúa a esa idea, sino que sencillamente no la comprende ni puede compren-

derla. El silogismo «Cayo es un ser humano, los seres humanos son mortales, por consiguiente Cayo es mortal» le parece legítimo «únicamente en relación a Cayo, pero de ninguna manera con relación a sí mismo. Que Cayo —ser humano en abstracto— fuese mortal le parecía enteramente justo; pero él no era Cayo, ni era un hombre abstracto, sino un hombre concreto, una criatura distinta de todas las demás: él había sido el pequeño Vanya para su papá y su mamá [...], para sus juguetes, para el cochero y la niñera [...] con todas las alegrías y tristezas y todos los entusiasmos de la infancia, la adolescencia y la juventud». En fin, «Cayo era efectivamente mortal y era justo que muriese», pero «mi caso», que es el caso particular de cada uno, es bien distinto. Lo que Ivan Ilich no puede entender, en definitiva, es que le pase lo mismo que a Cayo<sup>12</sup>.

Si la aceptación de la muerte —sobre todo cuando nos toca de cerca— resulta siempre problemática, la irrupción decisiva de la violencia hace inasumible el tránsito definitivo. Las consideraciones anteriores —sobre todo en lo que tienen de racionalidad y aceptación del curso natural de las cosas— saltan por los aires, se ponen patas arriba. El fin abrupto de la vida convierte la posible conformidad en desconcierto. Se pasa así de la resignación más o menos forzada al rechazo más absoluto. Así, aunque como hecho biológico la muerte siempre sea el término natural de la vida, desde la cosmovisión humana adquiere todo su sentido la distinción entre una «muerte natural» asumible (como fin de una dilatada trayectoria cronológica, básicamente) y ese otro tipo de muerte que, por lo imprevisible, inesperada o prematura, denominamos absurda, violenta, trágica, cruel o... macabra.

Sí, en efecto, las circunstancias de la muerte se convierten aquí en determinantes de su comprensión, aceptación y alcance. Y no debemos olvidar que la violencia en general y la muerte violenta en particular constituyeron en el pasado una realidad persistente, opresiva y angustiada, en incomparable mayor medida que en los tiempos actuales, a pesar de lo que muchas veces se dice<sup>13</sup>. Puestos en esta línea podemos ya dar el paso siguiente y adentrarnos en esa consideración específica de la muerte que es lo macabro.

## Segundo tiempo: sobre lo macabro

¿Qué queremos decir exactamente con lo «macabro»? ¿Qué significa en realidad ese concepto? Un lingüista subrayaría rápidamente la

ausencia de un sustantivo, lo que nos obliga a emplear el término como adjetivo o usar el siempre incómodo artículo neutro en castellano. Etimológicamente se dice que viene del francés *macabé* o *macabré*, y ambas formas suelen asociarse a la *danse*, de manera que en el origen está ya la vinculación de la danza con lo macabro formando una simbiosis de la que es difícil prescindir. El vocablo *macabé* remite, según la opinión más generalizada, a los macabeos, aquellos hermanos que sufrieron un martirio particularmente cruel, según relata el Antiguo Testamento. No falta quien apunta a un origen árabe de la palabra, cuya raíz sería *maqbarah*, es decir, cementerio.

Sin meternos en tales disquisiciones, sí querríamos subrayar que resulta curioso que en el *Diccionario* de la Real Academia Española pueda detectarse una cierta ingenuidad en la definición del término, sobre todo cuando se equipara lo macabro a «la fealdad de la muerte» o a la «repulsión» que causa. Aunque menos *naif*, el *María Moliner* no es mucho más preciso, cuando relaciona ambiguamente lo macabro con «cadáveres o despojos materiales de la muerte», dando como resultado algo «repelente o terrorífico». Salta a la vista que aquí hay poca nitidez o, si se prefiere, una mezcolanza excesiva. La patente versatilidad y falta de concreción con la que se aplica habitualmente el adjetivo nos confirma, por otro lado, que dista mucho de tener un sentido claro y un significado unívoco.

Vamos a tratar de empezar por lo más obvio y de este modo retomamos también el hilo de las consideraciones expuestas en los párrafos precedentes. Decíamos desde el principio que no pretendíamos centrarnos en la muerte como realidad biológica sino, mucho más restrictivamente, en una determinada valoración del fin de la vida, entendido a su vez de un modo muy específico. De ahí, por ejemplo, que los elementos comúnmente asociados a la muerte nos interesen solo en la medida en que traslucen o traducen una determinada interpretación de la misma. Precisemos en esta línea que lo macabro implica necesariamente una interpretación específica de la muerte, una valoración determinada que no se detiene en el hecho en sí o en la simple aceptación de la realidad misma del morir. Pero además lo macabro contiene, más quizás que otros términos relacionados, una dimensión profundamente peculiar. Se acaba de aludir a su etimología, su derivación de la «danza de la muerte». Aquí puede estar una de las claves, que no es otra que la paradoja que supone una cierta celebración de la muerte, esa llamativa promiscuidad de vivos y muertos.